



## Las fracturas del comunismo español en el exilio: el caso de Jesús Hernández

Fernando Hernández Sánchez

### Un agitada biografía

Jesús Hernández Tomás (1907-1971) nació en Murcia pero se crió en Bilbao, hijo de una modesta familia –de padre cabrero y madre lavandera– emigrada a la capital vizcaína al calor del desarrollo de la siderurgia a comienzos del siglo XX. Afiliado a las Juventudes Socialistas con nueve años, participó a los catorce en el proceso de fundación del PC, siendo ya a esa edad secretario del Sindicato de Constructores de Carruajes de Lujo de Bilbao. Con dieciséis era uno de los “hombres de acción” de Óscar Pérez Solís, secretario del partido, a cuyo lado participó en enfrentamientos armados con la policía y los socialistas. Miembro de la dirección nacional del PCE en 1930, fue enviado a Moscú para completar su formación política en la Escuela Leninista. Volvió a España en 1932 para integrarse, junto con José Díaz y Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, en el Buró Político (BP), asumiendo la responsabilidad de “agit-prop”. En 1935 figuró como segundo responsable oficial de la delegación española al VII Congreso de la Internacional Comunista (IC). A comienzos de 1936 se hizo cargo de la dirección de *Mundo Obrero* y participó en la campaña electoral que le llevaría a ser elegido Diputado por Córdoba en la Elección Pública durante los gobiernos de guerra de Largo Caballero y Negrín, desde septiembre de 1936 hasta abril de 1938. A su salida del gabinete fue nombrado comisario del Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, manifestándose como notorio impulsor de la política de resistencia a ultranza. Tras el golpe de Casado (5 de marzo de 1939) y la huida del país de la mayor parte de la dirección comunista, permaneció en Valencia, alentando a las fuerzas que se oponían a la capitulación y mostrándose partidario del uso de la fuerza para imponer al Consejo Nacional de Defensa la restitución de la legalidad frentepopulista. Organizó junto a Pedro Checa y Jesús Larrañaga la dirección clandestina del PCE y fue uno de los últimos cuadros comunistas en abandonar España, el 24 de marzo de 1939.

Después de una breve estancia en Orán y París se instaló en Moscú, donde fue designado representante del PCE en la IC. Se ocupó de la situación de la emigración española, diseminada en hogares infantiles y fábricas. Sus intentos de mejorar sus precarias condiciones de vida le valieron la consideración favorable de los militantes del PCE críticos con Dolores Ibárruri y su círculo de allegados (Francisco Antón, Ignacio Gallego, Irene Falcón...), hasta el punto de convertirse en uno de los candidatos a suceder a

José Díaz, tras su suicidio en Tiflis, en marzo de 1942. Sin embargo, diversos avatares condujeron, como se verá, a su exclusión del partido en abril de 1944.

### Interpretaciones para una ruptura

La salida de Hernández del PCE resultó amplificada por tener lugar en un contexto marcado por los primeros atisbos de la Guerra Fría. Las potencias occidentales, y por supuesto el régimen franquista, no desaprovecharon ninguna oportunidad para dar volumen a las disidencias de los antiguos comunistas desengañados del modelo soviético<sup>2</sup>. Algunos, como Valentín González *El Campesino* y Enrique Castro Delgado, se adhirieron a campañas de divulgación de los males imperantes más allá del telón de acero, la mayoría de las veces sufragadas por el Departamento de Estado norteamericano<sup>3</sup>. Otros, como Hernández, buscaron en el modelo yugoslavo la plasmación de unos principios que consideraban fracasados en el sistema soviético. Amparándose en el apoyo que Yugoslavia ofreció a los disidentes del estalinismo tras su ruptura con la Komintern en 1948, Hernández trabajó como asesor de la embajada yugoslava en México, mientras publicaba su autobiografía con el título *Yo fui un ministro de Stalin* (México, 1953)<sup>4</sup>. Sus líneas maestras se encuentran ya en las notas de una conferencia titulada “La URSS en la guerra del pueblo español”, que Hernández impartió en la Escuela Superior de Cuadros del Partido Comunista Yugoslavo en 1952<sup>5</sup>.

Los dirigentes que permanecieron fieles a la ortodoxia partidaria cubrieron con negros y gruesos trazos la figura de un Jesús Hernández del que denunciaban su supuesta ambición personal y la corrupción de sus costumbres. Fue motejado de “*bon vivant*”, vendido a los servicios secretos británicos, adicto al “donjuanismo”, “degenerado” y “amante de las orgías” por Ignacio Gallego, Santiago Álvarez, Santiago Carrillo y Antonio Mije, entre otros<sup>6</sup>. Dirigentes no menos ortodoxos en su momento, pero alejados después de la organización por diversos motivos, siguieron sin salirse del guión alusivo a la existencia de confrontaciones personales. Para Enrique Lister, la caída de Hernández fue el resultado de una batalla perdida por la defensa de la dignidad del PCE y de sus órganos de dirección, mancillados por la relación entre Ibárruri y Francisco Antón<sup>7</sup>. Fernando Claudín y Manuel Tagüeña fueron de los pocos que integraron a la causalidad personal el ingrediente político: Hernández habría caído no solo por rebelarse contra la intangibilidad del mito *Pasionaria*, sino porque habiendo mantenido discrepancias ya durante la guerra de España con representantes de la Komintern –como Togliatti– y con

<sup>2</sup> MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del PCE, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 78

<sup>3</sup> De Valentín GONZÁLEZ lo más conocido es su *Vida y muerte en la URSS*, Buenos Aires, Bel, 1951; y *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, México, Guaranda, 1952; de CASTRO DELGADO, Enrique, *La vida interna de la Komintern: Cómo perdí la fe en Moscú*, Madrid, Epesa, 1950; y *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Editorial Caralt, 1963.

<sup>4</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, *Yo fui un ministro de Stalin*, México, Editorial América, 1953.

<sup>5</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, “La URSS en la guerra del pueblo español”, *Acción Socialista*, números 24, 25, 26, 27-28, 31, 32-33 y 34 (1952).

<sup>6</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 260; y ÁLVAREZ, Santiago, *Memorias III: La lucha continúa...* A Coruña, Edicions do Castro, 1988, pp. 319-321. Gallego y Mije volcaron sus acusaciones contra Hernández en el marco de reuniones de los órganos de dirección del partido.

<sup>7</sup> LÍSTER, Enrique, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Barcelona, Planeta, 1983.

los consejeros rusos, ofrecía menos garantías que Ibárruri para continuar con el acatamiento de las directrices soviéticas, en un momento en el que la necesidad de tranquilizar a los aliados occidentales obligaba a Stalin a sacrificar la existencia de la Internacional Comunista<sup>8</sup>.

Herbert R. Southworth, en un famoso artículo de controversia con Burnett Bolloten, contribuyó posteriormente a propalar la especie de que el libro de Hernández había sido convenientemente inspirado, supervisado y corregido por el ex dirigente del POUM Julián Gorkin, miembro destacado del Congreso para la Libertad de Cultura, una organización especializada en la difusión de propaganda anticomunista financiada por la CIA<sup>9</sup>. Pero parece cuando menos dudoso que la supuesta connivencia entre Hernández y Gorkin hubiese escapado a la estrecha vigilancia a la que el PCE tenía sometido en México al ex ministro comunista, materializada en la infiltración de un “topo” en el círculo íntimo del ex ministro<sup>10</sup>. El archivo personal de Gorkin no contiene, además, prueba alguna de la existencia de correspondencia entre Jesús Hernández y él, al contrario de lo que ocurre con Enrique Castro o Valentín González *El Campesino*, cuyas obras se encargó de difundir en Europa<sup>11</sup>.

El libro de Hernández debe ser leído en clave interna de ajustes de cuentas y reformulación de posiciones entre la oposición antifranquista del exilio a comienzos de los cincuenta. Así lo dejaba entrever quien fuera su compañero en la aventura yugoslava, y ya separado de él cuando la obra vio la luz: José del Barrio Navarro. “Tendría que escribir yo muy extensamente para que interpretara bien lo que pienso del libro y de Hernández, sobre todo porque yo, personalmente, tengo bastante la culpa de que lo haya escrito”, contaba Del Barrio a Margarita Nelken en abril de 1953<sup>12</sup>. A Hernández, según Del Barrio, le había salido “un libro sensacionalista”, guiado por “la preocupación mayor de que fuera un éxito editorial” y la pretensión de reivindicar su pasado buscando justificaciones remotas a sus posiciones presentes.

Sin embargo, la lectura que acabó imponiéndose fue aquella que reinterpretó sus memorias en clave anticomunista, proporcionando munición tanto a las plataformas prooccidentales en el exterior, como a los servicios de propaganda franquistas. Vázquez Montalbán decía que “el hecho de que la apostasía de Jesús Hernández fuera ampliamente difundida por el franquismo y sus comisarios político-propagandísticos puso a la

---

<sup>8</sup> CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 70-72.

<sup>9</sup> SOUTHWORTH, Herbert R., “El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española”, en PRESTON, Paul (ed.), *La República asediada*, Barcelona, Península, 2001, p. 460.

<sup>10</sup> Santiago Álvarez reconoce abiertamente que una de las funciones que se le encomendaron fue la de controlar las actividades de Hernández para evitar que fructificaran sus intentos de crear un partido comunista alternativo; ÁLVAREZ, Santiago, *Memorias V: La larga marcha de una lucha sin cuartel*, A Coruña, Edicions do Castro, 1988, pp. 89-91.

<sup>11</sup> *Correspondencia entre Julián Gorkin y Enrique Castro Delgado*, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), AJGG-558-35; Ídem con *El Campesino*, AJGG-559-27, y con José Bullejos, AJGG-558-23.

<sup>12</sup> *Carta de José del Barrio*, Archivo Histórico Nacional (AHN), Diversos, Fondo Margarita Nelken, legajo 3233, carpeta 254, París, 21-IV-1953.

defensiva a los comunistas y a casi toda la oposición antifranquista<sup>13</sup>. El régimen impulsó la difusión de este tipo de textos sin reparar en ninguna convención al uso sobre el respeto a la propiedad intelectual. Con la excepción de *Mi fe se perdió en Moscú*, de Castro Delgado (cuya cesión de derechos fue objeto de negociación entre la editorial francesa que los poseía para Europa, y la española)<sup>14</sup>, la impresión de los testimonios de Hernández y de *El Campesino* en la España franquista constituyó un caso de piratería editorial a gran escala llevada a cabo por la propia Administración. La edición del libro de Jesús Hernández —publicado con el título *Yo, ministro de Stalin en España*<sup>15</sup>— fue encomendada a Mauricio Carlavilla, o *Mauricio Karl*, como gustaba firmar sus obras, un policía con veleidades literarias entre cuyas indescritibles producciones se encuentran títulos como *Asesinos de España (Marxismo, Anarquismo y Masonería)* y una *Biografía política y psico-sexual de Malenkov*. Algunas de sus teorías más pintorescas aunaban en la fundación del Frente Popular a Churchill y Cambó, o explicaban que el interés internacional suscitado por el asesinato de Andreu Nin se debía a que no era español, sino judío (*sic*).

Otro de los agentes policiales expertos en el PCE fue Eduardo Comín Colomer, secretario de división de la Brigada Político Social, que publicó tres tomos sobre la historia del partido desde los años fundacionales hasta el estallido de la guerra civil<sup>16</sup>. Como otros autores de su misma corriente, empleaba la divulgación histórica como un arma en el combate contra la subversión. Por ello, se encargó de ahondar al máximo en las diferencias que separaban a Hernández del resto de la dirección comunista, diseñando un modelo de relación dicotómica en el que Hernández representaba el polo radical e ilusorio, e Ibárruri la faceta taimada y maliciosa de una misma naturaleza comunista. Abundando en esta línea, Ángel Ruíz Ayúcar, ex divisionario azul, periodista a sueldo del Ministerio de Información y Turismo de Fraga y director de *El Español* —publicación oficiosa cuyo objetivo era erigirse en trinchera de la contrainformación del régimen frente a la opinión publicada en el exterior— completó la tarea de Comín Colomer redac-

<sup>13</sup> VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Pasionaria y los siete enanitos*. Barcelona, Planeta, 1995, p. 211.

<sup>14</sup> La editorial francesa que tenía los derechos exclusivos para Europa del libro de Castro era Gallimard, que lo publicó en 1950 con el título *J'ai perdu la foi a Moscou*; ese mismo año apareció en España, publicado por Ediciones y Publicaciones Españolas (EPESA). Las fuentes comunistas en México hicieron correr el bulo de que la editorial gala pertenecía al movimiento ultraderechista *Croix de Feu*. Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Divergencias, 107, 1/1, "Informe sobre el grupo HCD", n. 120, México, 1951.

<sup>15</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, *Yo, ministro de Stalin en España*. Prólogo y notas de Mauricio CARLAVILLA. Madrid, Nos, 1954. Hasta siete años después de su muerte en México, en 1974, no se editaría en España una parte de su testimonio autobiográfico sin las grotescas apostillas de Carlavilla y con el consentimiento de la viuda. El título (*En el país de la gran mentira. Segunda parte del libro Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974) se inspiraba directamente en el del libro del croata Ante Ciliga, *Au pays du grande mensonge* (Paris, 1938) que se completó en 1950 con *Sibérie, terre de l'exil et la industrialisation*, para adquirir el título definitivo de *Dix ans au pays du mensonge incertain*.

<sup>16</sup> COMÍN COLOMER, Eduardo, *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, Editora Nacional, 1967; del mismo autor, *La República en el exilio*, AHR, Barcelona, 1957; y *El comisariado político en la guerra española 1936-1939*, Madrid, San Martín, 1973.

tando en ocho meses, según propia confesión, una historia del PCE entre 1939 y 1976, cuajada de errores de identificación, lo que no impidió que se le tuviera por uno de los principales especialistas en la historia del partido<sup>17</sup>.

La visión estereotipada que sostiene el supuesto anticomunismo sobrevenido de Jesús Hernández ha acabado prevaleciendo, incluso entre buena parte de los historiadores especializados: Harmut Heine hace hincapié en la frustración personal y el resentimiento como móviles fundamentales de la actuación de Hernández; Paul Preston anota las viejas habladurías acerca de la relajada conducta sexual del ex ministro comunista, vertidas por personajes muy allegados a Ibárruri; Gregorio Morán describe la crisis de Hernández como “una tormenta en un vaso de agua, casi un problema doméstico, sin connotaciones políticas, fuera de los aspectos personales”, aunque más tarde, sin embargo, acierta a contextualizar la crisis de liderazgo en el PCE de los años cuarenta situándola en un momento marcado por la amargura de una doble derrota, la de la guerra y la de la fe en la superioridad material, organizativa y moral del modelo soviético; Ricardo Miralles, por último, retoma las tesis de Soutwhorth acerca de la conexión Hernández-Bolloten-Gorkin-Congreso por la Libertad de Cultura-CIA<sup>18</sup>.

Resulta curioso que, pudiendo ser objeto de crítica todos y cada uno de los testimonios personales de los que vivieron aquella época, el cuestionamiento de la veracidad se haya cebado sobre todo en el caso que nos ocupa. Heine lo califica como “de dudoso valor histórico” y para Preston, “la relación venenosa de Jesús Hernández tiene que utilizarse con extremo cuidado”. En su recopilación de documentos de los archivos soviéticos, escrupulosamente seleccionados para transmitir la impresión de la soviétización de la República española, Ronald Radosh y sus colegas acusan a Hernández de mentir a posteriori sobre su reacción a la desaparición de Nin<sup>19</sup>. Desde otra perspectiva, Vázquez Montalbán juzga tardía la conversión de Hernández y rebaja la credibilidad de sus memorias por la anacrónica insistencia en dejar constancia de una adhesión temprana al “comunismo nacional”<sup>20</sup>. Paradójicamente, será uno de los principales enemigos de Hernández y Castro en México, Vittorio Vidali, quien confesará a Bocca, mientras le

---

<sup>17</sup> RUÍZ AYÚCAR, Ángel, *El Partido Comunista, 37 años de clandestinidad*. Madrid, San Martín, 1976. Como tal especialista le siguen exaltando algunos trabajos actuales, productos de un revisionismo neofranquista muy en boga durante los últimos tiempos. El “magisterio” de Ayúcar es reivindicado, por ejemplo, por el periodista Ángel MAESTRO en su aportación a la biografía comparada de *Pasionaria*, que se reparte a medias con Santiago Carrillo: CARRILLO, Santiago y MAESTRO, Ángel, *De los Ibárruri, Pasionaria*. Barcelona, Ediciones B, 2004.

<sup>18</sup> HEINE, Harmut, *La oposición política al franquismo*. Barcelona, Crítica, 1983; PRESTON, Paul, *Las tres Españas del 36*. Barcelona, Plaza y Janés, 2001; MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza...*, cit., MIRALLES, Ricardo, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

<sup>19</sup> Hernández se habría hecho eco de la insidiosa versión según la cual Nin había sido liberado por agentes de la Gestapo. Durante una reunión del Consejo de Ministros exigió a Negrín que pusiera fin a las “sucias intrigas” que apuntaban a la responsabilidad de la Unión Soviética. RADOSH, R; HABECK, M. R; y SEVOSTIANOV, G., *España traicionada. Stalin y la guerra civil*. Barcelona, Planeta, 2002, p. 263.

<sup>20</sup> VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Pasionaria...*, cit., p. 215.

muestra los libros del ex ministro comunista durante una entrevista personal: “Es mejor leerlos, aunque se haya pasado al otro bando”<sup>21</sup>.

El presente trabajo se plantea, pues, reconstruir el itinerario de una experiencia agitada, la que condujo a un dirigente comunista de primera hora a recorrer un camino – el que le llevó de la exaltación heroica al desengaño y la execración– que transitó buena parte de una generación de militantes que, en la primera mitad del siglo XX, había confiado en la Revolución de Octubre como acontecimiento fundacional de un tiempo nuevo.

### Tiempos de desorientación

En el verano de 1943, Hernández recibió la orden de viajar a México, junto con Francisco Antón, para poner orden en el funcionamiento de la delegación del BP en aquel país. México tenía una importancia fundamental para el trabajo del partido, tanto por conformar el centro más importante de la emigración republicana –sede de las instituciones (Cortes y Gobierno) en el exilio y residencia de una gran parte de la intelectualidad huida del franquismo– como por constituir una plataforma de lanzamiento para actividades –envío de propaganda o de activistas– dirigidas al interior de España.

Bajo la dirección de Vicente Uribe y Antonio Mije, la delegación de México se ocupaba de la tarea de seleccionar a los militantes que irían a la Península, al tiempo que debía coordinar las relaciones con las otras organizaciones del exilio republicano. A juicio de algunos dirigentes de la delegación del BP en la URSS y de sus mentores de la IC –como Dimitrov y Manuiski– estos importantes cometidos estaban siendo ineficazmente desempeñados por los responsables de la organización en el país azteca, cuya línea política oscilante y contradictoria, de confrontación con las instituciones republicanas y de rechazo a la colaboración con los socialistas de izquierda, había contribuido al aislamiento del partido y a la desorientación de la militancia.

Cuando estalló la guerra mundial, la firma del acuerdo Molotov-Ribbentrop había sido asumida de forma acrítica por los partidos comunistas. Entre septiembre de 1939 y junio de 1941, la IC se dedicó a denunciar la guerra como un asunto imperialista ajeno a los intereses de los trabajadores. En aplicación de esta interpretación, el PCE publicó el 25 de noviembre de 1939 un manifiesto con la firma de José Díaz y Dolores Ibárruri, titulado *La guerra imperialista*, en el que se responsabilizaba de la guerra a “los Chamberlain, Daladier, Blum y Attle”, a los “jefes vendidos de la II Internacional”, al imperialismo italiano... sin citar ni en una sola ocasión el expansionismo nazi<sup>22</sup>. Sobrepujándose en la aplicación de estas directrices, y en un prodigio de reinterpretación de la implicación germana en la guerra civil, Vicente Uribe llegó a sostener en *España Popular* que todo se había debido a las maquinaciones de “los imperialistas y la reacción internacional”, que habían orientado su política “para lanzar lo que entonces era imperialismo agresor –el fascismo alemán– contra la patria del socialismo”<sup>23</sup>.

En junio de 1941 Alemania invadió la URSS, y la IC enunció la línea de Unión Nacional (UN), consistente en la creación de amplios frentes interclasistas donde se

<sup>21</sup> BOCCA, Giorgio, *Palmiro Togliatti*. Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 276.

<sup>22</sup> *A todos los miembros del PCE*, AHPCE, Documentos, Film XX, apartado 243, , 25-XI-1939.

<sup>23</sup> “España y la guerra imperialista”, *España Popular* (16-25 de mayo de 1940); HEINE, ob. cit., p. 99.

coaligaran todas las fuerzas cuyo objetivo principal fuera la derrota del fascismo. La adaptación a la situación española por parte del PCE apareció expuesta por primera vez en un manifiesto del Comité Central (CC) publicado en agosto de 1941. El objetivo era unir a toda la nación —desde la clase obrera a la burguesía nacional— para evitar que Franco entrara en la guerra al lado de Hitler. Para ello, no se dudaba en hacer un llamamiento a sectores que, habiendo figurado en las filas del franquismo (carlistas, jefes, oficiales y clases del ejército, sectores conservadores y católicos, grupos capitalistas españoles ligados al capital anglo-americano) estuviesen dispuestos a defender la causa de la independencia nacional<sup>24</sup>. La mano tendida a los enemigos de ayer excluía, sin embargo, a los implicados en la sublevación casadista, a los trostkistas, y a líderes como los socialistas Prieto y Araquistáin y el anarcosindicalista Abad de Santillán, a los que se ubicaba en la misma trinchera que los “falangistas germanizados”. Los puntos de esta primera versión del programa de la UN consistían en el reconocimiento de la legalidad republicana de 1931, la constitución de un gobierno de Unión Nacional bajo la jefatura del doctor Negrín, el restablecimiento de las libertades básicas en España y la alianza con la URSS y con las democracias contra Hitler<sup>25</sup>.

En la primavera-verano de 1942, durante la ofensiva alemana en la región del Cáucaso, la línea política de UN experimentó un nuevo giro hacia posiciones aún más próximas a la alianza con los sectores conservadores. El 5 de septiembre, un nuevo llamamiento del CC del PCE sentó las bases de la política de UN para los siguientes años. El escenario propuesto trazaba una línea de confrontación a uno de cuyos lados se encontraban Franco y los falangistas germanófilos, y al otro, el resto del país, incluyendo “hasta las más diversas fuerzas conservadoras”: Industriales, terratenientes y comerciantes. En esta segunda versión de UN desaparecían las referencias al gobierno Negrín, a la legalidad republicana y a las autonomías, buscándose la aproximación a los monárquicos juanistas<sup>26</sup>.

La política de UN, con sus implicaciones de apertura hacia sectores monárquicos y de derechas, y de captación al propio tiempo de apoyos entre los grupos de la emigración republicana, requería una sutileza en su aplicación que se encontraba muy por encima de las posibilidades del dúo formado por Uribe y Mije. La delegación del PCE en México tan pronto acentuaba los aspectos sectarios y excluyentes de la UN, rechazando la colaboración con Izquierda Republicana, la Unión Republicana, el Partido Socialista, los nacionalistas vascos y catalanes y la CNT, como blasonaba de haber conseguido la incorporación de representantes de los agrarios católicos, procedentes de la antigua CEDA, y de carlistas arrepentidos al proyecto “unitario” antifranquista. En la práctica, la retórica de la delegación ahuyentaba a los posibles aliados conservadores y repelía a los de la emigración republicana. La situación era enormemente preocupante pues, como escribía Hernández a Dolores Ibárruri en diciembre de 1942, “estamos en tal punto que, o bien provocamos una rápida reacción de comprensión entre las distintas fuerzas

---

<sup>24</sup> VVAA, *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960, p. 221-222.

<sup>25</sup> ESTRUCH, Joan, *El PCE en la clandestinidad (1939-1956)*, Siglo XXI, Madrid, 1982, p.72-73; y CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*. Planeta, Barcelona, 1983, p. 70.

<sup>26</sup> ESTRUCH, ob. cit., pp. 74-77.

en que hoy nos apoyamos, o corremos el riesgo de quedar aislados”<sup>27</sup>. La polémica se agriaría aún más desde comienzos de 1943: la derrota alemana en Stalingrado provocó el surgimiento dentro del PCE de voces –pronto silenciadas por las purgas internas– que reclamaban un reformulación de la política de UN, abandonando, por innecesario, el proyecto de alianza con los monárquicos y los tráfugas del franquismo, y propugnando la aproximación de nuevo a los viejos socios republicanos y socialistas<sup>28</sup>.

Mientras tanto, el estupor de las bases se traducía en el abandono o exclusión de la militancia activa<sup>29</sup>, proceso paralelo a los despropósitos de una dirección que tan pronto creía inminente una insurrección popular contra Franco como invitaba al pronunciamiento de “un militar con redaños [?] que desenvainara su valerosa espada” contra el dictador<sup>30</sup>. Destacados dirigentes, como Margarita Nelken, abandonaron el partido en desacuerdo con esta línea política. Otros, como José del Barrio, del PSUC, fueron expulsados. Para romper con esta dinámica, la dirección en Moscú, convencida de que el problema era la incapacidad del grupo de México para interpretar correctamente la línea política de UN, decidió marcarlo de cerca dictándole las consignas por telégrafo para evitar errores, a la espera de poder enviar a América a dirigentes de fuste que pusieran orden en la situación<sup>31</sup>.

Otra de las deficiencias del trabajo de la delegación del BP en México afectaba a la seguridad del trabajo clandestino dirigido al interior de España. Los envíos de militantes terminaban frecuentemente en detenciones casi inmediatas, y se sospechaba de la posible existencia de infiltraciones policiales. Había la impresión de que los dirigentes de la delegación en México no observaban las medidas de seguridad que eran de rigor. Según Hernández, Mije y Uribe incurrían en errores imperdonables, como publicar en las páginas de *España Popular* la relación de “cada ciudad, prisión, campo de trabajo o de concentración de Franco, en la que tengamos la existencia de un trabajo organizado del Partido, sirviendo este hecho de orientador a la acción represiva de la policía falangista de España”<sup>32</sup>.

Por último, existían quejas acerca del tren de vida llevado por los dirigentes de la organización. Según distintos testimonios, Mije y Uribe vivían en *chalés* de la zona residencial de Cuernavaca, con servicio doméstico y chofer particular<sup>33</sup>. A todo ello se unía el mantenimiento de un nutrido y costoso aparato burocrático retribuido, con más de

<sup>27</sup> *Carta a Dolores Ibárruri*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, Caja 31/12.1, 14-XII-1942.

<sup>28</sup> La línea de Unión Nacional fue objeto de debate entre José del Barrio y Jesús Hernández, ya expulsados, respectivamente, del PSUC y del PCE. La polémica apareció en las páginas de *Treball*, órgano del grupo de Del Barrio, publicado en México en septiembre de 1944. AHPCE, Divergencias, 107, 1/1, 1944.

<sup>29</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, *Informe a la Delegación del CC. Del PC de España en la Unión Soviética*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, 31/12.2, México DF, 1944.

<sup>30</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, *Carta abierta a todos los afiliados al Partido Comunista de España*, AHPCE, Divergencias, 107, 1/5, México DF, 31 de agosto de 1945.

<sup>31</sup> *Carta a Dolores Ibárruri*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, Caja 31/12.1, 15-I-1943.

<sup>32</sup> *Informe de Jesús Hernández sobre la situación del aparato de pasos a España. 28/7/44*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, 31/12.2, México, 1944.

<sup>33</sup> Testimonio de José del Barrio, en ESTRUCH, ob. cit., p.44.



dos docenas de “liberados”, cuya función era la de servir de red de información de los dirigentes para reprimir el descontento de la militancia. Se extendía la sospecha de que el mantenimiento de tales niveles de gasto era posible por una inadecuada administración de los fondos generales del partido y de las aportaciones económicas recibidas mediante los Comités de Ayuda a la emigración, que llegaban de los Estados Unidos y que Mije gestionaba sin ningún control<sup>34</sup>.

### **Piolets, gnomos y soda**

En septiembre de 1942, en la reunión de Moscú donde se aprobaron los rasgos definitorios de la política de UN, se acordó el viaje de Hernández y Antón a México. Pero, además de reordenar los asuntos de la delegación del PCE, Hernández debía acometer, por encargo del servicio secreto soviético, la tarea de reforzar la labor de la estación de inteligencia (*rezidentura*) que, dependiente del Departamento del Extranjero del Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado (NKGB) –organismo dirigido por el teniente general Pavel Mijailovich *Fitin*, bajo las órdenes directas de Laurenti Beria<sup>35</sup>– operaba bajo el paraguas de la embajada de la URSS en el país azteca. A comienzos de los años cuarenta las principales operaciones que el espionaje de la URSS había acometido en México fueron la eliminación de Trotski el 20 de agosto de 1940, y el intento de rescate de su asesino, Ramón Mercader, preso en la penitenciaría de Lecumberri<sup>36</sup>.

La conexión española había sido decisiva en la liquidación del viejo líder bolchevique, pues sobre la red que había perseguido al trotskismo en España se había montado el armazón del operativo<sup>37</sup>. En 1943 el servicio secreto soviético diseñó una operación, conocida en clave como “*Gnomo*” para liberar a Mercader. Con fecha de 30 de mayo se esbozaron los rudimentos de un proyecto para sacarlo del “hospital” –la cárcel– durante una de sus salidas para ir a declarar al juzgado. Aprovechando una reducción de la guardia que lo custodiaba, sería introducido en un coche (“disuelto en soda”, en expresión textual del mensaje cifrado) y sacado del país. La supervisión correría a cargo de “Tom” (el general Leonid Eitingon, anterior responsable de la planificación del asesinato de Trotski, y a quien unía una estrecha amistad con Caridad del Río, madre de Mercader). Todo el montaje habría sido dado a conocer a “Don”, sobrenombre que encubría a Vicente Uribe<sup>38</sup>. Es probable que Moscú esperara de Hernández –a quien se adjudicó el nombre en clave de “Pedro”– el diseño de una pantalla de humo informativa sobre la operación, y más probable aún que él mismo se ofreciera a colaborar en los planes para la liberación de Mercader, habida cuenta de la estrecha relación de complici-

<sup>34</sup> *Informe sobre el grupo HCD n. 126*, AHPCE, Divergencias, 107, 1/1, 1951.

<sup>35</sup> Esta red se revelaría de vital trascendencia cuando, a partir de ella, se contactase con científicos poseedores del secreto del arma nuclear. SUDOPLATOV, P. y A, *Operaciones secretas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1984.

<sup>36</sup> Se conoce todo lo relativo a esta operación gracias a la desclasificación del conjunto de archivos del FBI conocidos con el nombre clave de “Venona”, que contienen los mensajes soviéticos descodificados por la inteligencia norteamericana entre 1940 y 1948. Los documentos facsímiles se pueden consultar en Internet: <http://www.nsa.gov/venona/venon00017.cfm>

<sup>37</sup> SUDOPLATOV, *Operaciones...*, cit., p. 104 y 105.

<sup>38</sup> NSA-Venona, 3/NBF/T2256 y 3/NBF/T2257, 29 y 30/12/1943; y 3/NBF/T770, 14/3/1944.

dad que le había unido en la URSS a Caridad del Río –enfrentada, a su vez, con Pasionaria– entre 1940 y 1943<sup>39</sup>.

La vinculación de Hernández con actividades encubiertas no era nueva. Hombres muy cercanos a él, como Eusebio Cimorra, afirmaron sin dudar, años después, que Hernández pertenecía “al aparato secreto” de la IC<sup>40</sup>. Para quienes, imbuidos de idealismo internacionalista, seguían creyendo en que la causa del triunfo de la revolución mundial dependía de la supervivencia de la URSS, no existía contrariedad alguna en ocupar un puesto de combate en su aparato de espionaje. Sin embargo, podía haber otras razones para ser transferido a la NKGB: según uno de los fundadores del PC de los Estados Unidos y ex miembro del Comité Ejecutivo de la Komintern, Benjamin Gitlow, las rivalidades internas entre miembros de la dirección de un partido se resolvían a menudo mediante el traspaso de alguno de ellos a los servicios secretos, con el objetivo de sofocar el brote de disidencia gracias al disfrute de los gajes que llevaba aparejado el desempeño de una misión en el extranjero<sup>41</sup>. El mismo Hernández reconocería años más tarde que los soviéticos tenían “una predilección especial en reclutar a su servicio a los elementos sancionados por el Partido”, de forma que se les daba la posibilidad de “reivindicarse” y de “corregir los ‘errores’ en la actuación práctica”<sup>42</sup>.

Hernández llegó a México el 9 de diciembre de 1943. No pasó mucho tiempo antes de que afloraran las tensiones. Debió creer llegado el momento de definir la estructura de la nueva dirección del partido, en el aire desde la desaparición de Díaz. Según había confiado a cuadros de su confianza antes de salir de la URSS, apostaba por constituir una dirección bicéfala, con Dolores Ibárruri elevada a un puesto emblemático, pero irrelevante: la presidencia del partido; y colocar a Uribe como principal responsable, dejando fuera de juego a Antón, y reservándose él la propaganda y las relaciones con los aliados. El plan de Hernández se completaba con la aproximación a España de la mayor cantidad posible de cuadros del partido –una vez sacados de la URSS, donde apenas llevaban a cabo cometido alguno–, y con la aplicación de una autonomía de criterio respecto a Moscú, una vez desaparecida la IC en 1943, que no podía dejar de desagradar a los dirigentes más ortodoxos<sup>43</sup>.

Para reforzar sus argumentos, Hernández desgranó ante Uribe y Mije los problemas de la emigración en la URSS. El choque entre la imagen idealizada y la realidad precaria de la sociedad soviética comenzó desde muy pronto a provocar fracturas en las

<sup>39</sup> MERCADER, Luis y SÁNCHEZ, Germán, *Ramón Mercader, mi hermano. Cincuenta años después*. Espasa-Calpe, Madrid, 1990, p. 105.

<sup>40</sup> *Informe de Claudín sobre Cimorra*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, Declaraciones, Caja 107/1.3.

<sup>41</sup> GITLOW, Benjamin, *The whole of their lives. Communism in America*, West Islands, Boston-California, 1965.

<sup>42</sup> HERNÁNDEZ, Jesús, “El asesinato de Trotski. ¡Pido la palabra!”, *ABC de México*, 109 (3-X-1953). Luis, el hermano de Ramón Mercader, afirma en su libro-testimonio que “en medios de la emigración [...] se dio por hecho que habían dejado el país como agentes del NKVD; que salieron, a cambio del compromiso para trabajar para los servicios soviéticos”. MERCADER y SÁNCHEZ, ob. cit., p. 109.

<sup>43</sup> *Informe de Claudín sobre Cimorra*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, Declaraciones, Caja 107/1.3.

conciencias de los militantes españoles que, hasta entonces, se habían considerado “de temple estalinista”. La guerra mundial había empujado a la colonia de emigrados a una evacuación en condiciones dantescas<sup>44</sup>. En las fábricas, la situación era tan extrema que muchos emigrados con experiencia militar se dirigieron a la dirección del partido para que solicitara de las autoridades su empleo en la guerra contra el invasor nazi. Hernández consiguió la formación de una brigada de guerrilleros, bajo las órdenes de Domingo Ungría, que tuvo muchas bajas, sin que su sacrificio pareciera ser suficientemente correspondido por los propios mandos y soldados soviéticos<sup>45</sup>. Hernández otorgó especial atención al problema de los niños, no ocultando las penurias padecidas por las colonias y escuelas diseminadas desde el Cáucaso hasta el Volga. Todos estos problemas de la emigración española habían sido puntualmente comunicados por Hernández a *Pasionaria* –y en ocasiones hasta a Dimitrov– con una inquietud creciente a partir del invierno de 1942-1943. Esto sería empleado después en su contra, bajo pretexto de querer aparecer como el “amparador de los perseguidos”.

Hernández refirió también sus discrepancias con los métodos de trabajo de la delegación en Moscú, en particular con Antón, por su forma caciquil de resolver los asuntos del partido. La mayor parte de dichas críticas se expresaba en el interior de cenáculos informales o “peñas”, en las que se integraban, por afinidad personal, simpatía o búsqueda de apoyo mutuo, distintos personajes destacados de la emigración española en la URSS (Eusebio Cimorra, Francisco Ciutat, Enrique Castro, Rafael Vidiella, Modesto y Líster). Todas ellas tenían en común que convergían en la figura central de Jesús Hernández<sup>46</sup>.

### La caída del Olimpo

Antón pudo maniobrar y dar la vuelta a la dirección del golpe que amenazaba con minar su posición en la cúpula del partido. El afán de Uribe y Mije por sacudirse la fiscalización de sus actividades, y la voluntad de ambos de no rendir cuentas de su actuación política anterior les llevaron a formar con Antón un sindicato de intereses para quitarse de en medio a Hernández.

Siguiendo las pautas de un típico procedimiento de purga, Hernández hubo de someterse a una “profunda autocrítica”. Quedó separado momentáneamente del trabajo activo a la espera de la decisión que se adoptase en la URSS, con mandato expreso de no hacer ningún tipo de declaración ni escribir y hablar con nadie. Pretendió explicar su situación a Moscú, y envió un telegrama a José Antonio Uribes con el encargo de instar a Dolores para que reclamase la totalidad de sus escritos<sup>47</sup>. Su desesperación era evidente a ojos de los responsables de los servicios secretos: Fitin comunicó el 20 de febrero que se recabara información sobre su situación, y el propio Beria se interesó por él. Éste aconsejó al resto de sus subordinados no extraer “conclusiones precipitadas”<sup>48</sup>, optando

<sup>44</sup> *Carta a Dolores Ibárruri*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, Caja 31/12.1, 12-I-1942.

<sup>45</sup> *Carta a Dolores Ibárruri*, AHPCE, Dirigentes, Jesús Hernández, Caja 31/12.1, 14-XII-1942.

<sup>46</sup> *Abollado*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, Declaraciones, 1947, 107/1.3.

<sup>47</sup> *Telegrama de Jesús Hernández a J.A. Uribes*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, febrero de 1944. Caja 107/1.3; y *Entrevista con Uribes*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, 22 de abril de 1950. Caja 107/1.3

<sup>48</sup> NSA-Venona, 110, 20/2/1944, y 114, 22-II-1944.

en las siguientes semanas por una postura salomónica, la de “No intervenir en el trabajo de los miembros del partido”, prohibir a Hernández encontrarse con otros ex militantes que hubieran pasado por un trance similar, como Margarita Nelken, pero seguir en estrecho contacto con él, hacerle llegar el apoyo moral de gente como Eitingon, con quien le unía una vieja amistad desde los tiempos de la guerra de España, y siempre teniendo claro que “‘Pedro’ [Hernández] es nuestra fuente”<sup>49</sup>.

Uribe, Mije y Antón convocaron una asamblea general de las bases del PCE y del PSUC, sin presencia de Hernández, para juzgar su caso. Ante la asombrada militancia, que lo había recibido a su llegada a México pocos meses antes en olor de multitud, el grupo dirigente acusó a Hernández de venir a combatir a la dirección del partido en lugar de a trabajar, de atacar a la camarada Dolores, a la Unión Soviética y a su pueblo, de combatir en su momento a José Díaz, de sembrar falacias sobre la situación de la emigración en la URSS, de ambición personal, degeneración política y doblez moral, y de intentar la formación de una plataforma fraccional antipartido. En consecuencia, se propuso a la asamblea que se enviara “una nota a la prensa en la que se diga a todos los militantes y amigos socialistas y republicanos, que Hernández ha quedado separado del CC [...] y que se está estudiando la posibilidad de su expulsión del Partido”, y el envío de un telegrama de adhesión a la camarada Dolores.

Mientras en el interior del partido se respiraba este ambiente, para los servicios secretos soviéticos, hasta entonces meros espectadores de la lucha por el poder, había llegado el momento de actuar. “La situación en torno a ‘Pedro’ se ha vuelto odiosa”, informaban a Moscú. Mije y Hernández estaban, con su lucha, saldando viejas cuentas y, con su empeñamiento, se estaba poniendo en riesgo todo el entramado de la “operación Gnomo”. Considerando que el “proyecto G” debería quedar al margen de riesgos innecesarios que pudieran derivarse de la disputa entre dirigentes del partido español, se solicitaba del “Centro” (Moscú) una rápida intervención en el caso de “Pedro”<sup>50</sup>. La respuesta llegó el 14 de abril, en forma de telegrama remitido por Fitin, donde se contenían las directrices que debían ser transmitidas a Hernández en nombre de Dimitrov y, curiosamente, de Dolores Ibárruri. Dichas directrices colisionaban con las medidas de aislamiento impuestas a Hernández: los dirigentes de Moscú le invitaban a expresar sus puntos de discrepancia con la dirección; le instaban, en un tono conciliador, a retomar el trabajo con el partido; y le autorizaban a seguir escribiendo artículos sobre la Unión Soviética y el desarrollo de la guerra si eran acordes a la línea oficial<sup>51</sup>. La intervención de Moscú no fue en absoluto bien acogida por los dirigentes comunistas españoles. Al día siguiente, Tarasov comunicaba a Moscú que había hecho llegar su contenido a Uribe y Antón. Según el *resident*, ambos “trataron de hacerme entrar en una discu-

---

<sup>49</sup> NSA-Venona, 3/NBF/T563, 17-III-1944. Aunque había sido formalmente expulsada del PCE en México en octubre de 1942, Margarita Nelken seguía ligada a los servicios soviéticos –bajo el sobrenombre de “Amor”– según algunos autores por lealtad a la tierra que albergaba los restos de su hijo, Santiago de Paul Nelken, caído en batalla en la URSS. PRESTON, Paul, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Mondadori, Barcelona, 2001, pp. 331-334.

<sup>50</sup> NSA-Venona, T947, 6-IV-1944.

<sup>51</sup> NSA-Venona, 1479, 14-IV-1944.

sión política”, a lo que se negó, limitándose a trasladarles las órdenes recibidas<sup>52</sup>. La campaña de injurias y las resoluciones del colectivo y de la delegación comunistas en México quemaba toda posibilidad de retorno y no dejaban opción a otra cosa que no fuera la expulsión de Hernández. De hecho, ya había quienes se manifestaban directamente convencidos de ello. Arconada iba diciendo que:

[? ] en Moscú le expulsarán, pues allí está Pasionaria. Y si la resolución tarda en venir le expulsaremos nosotros, pues para eso estamos recogiendo las firmas de los militantes del Partido. Y le expulsaremos aunque con él salga medio Partido<sup>53</sup>.

Emprendiendo una desbocada fuga hacia delante, la delegación no tuvo siquiera en cuenta el telegrama remitido por el mismísimo Dimitrov el 30 abril, de cuya llegada a la capital federal mexicana quedó constancia en los archivos de la inteligencia norteamericana con fecha de 1 de mayo<sup>54</sup>.

#### **«Más vale equivocarse con el Partido que acertar contra él»**

El último acto tuvo lugar en Moscú. El 5 de mayo se reunió el Comité Central, ante el que Dolores Ibárruri dio cuenta de las informaciones transmitidas por la delegación en México. Junto a los argumentos ya conocidos (ambición, aburguesamiento, lucha contra Díaz e Ibárruri, etc.), *Pasionaria* reconocía, para consumo interno del CC, la existencia de discrepancias políticas, por ejemplo, que la política de Unión Nacional fijada en septiembre de 1942 debió levantar ronchas en amplios sectores del partido<sup>55</sup>. A veces, los cuadros medios, como Orellana, no sabían a qué carta quedarse:

Yo recordaba cuando éramos jóvenes que discutíamos hasta los más pequeños problemas en el Partido, se discutían y aquí no se discuten. [Ahora] cuando discutíamos entre algunos compañeros, cuando se fue al Partido [...] en vez de hacer reuniones con toda la emigración o consigo, se decía: No discutid, ya saldrán materiales<sup>56</sup>.

*Pasionaria* opinaba que, disuelta la Komintern, Hernández pensó que quedaba desligado de la tutela soviética: “Toda la tendencia de Hernández era desligarse de Moscú. Romper las relaciones con Moscú y declararse cantón independiente. Decía que se había disuelto la IC y creía –porque repesaba el control de la IC– que podía [...] hacer

---

<sup>52</sup> NSA-Venona, 3/NBF/T1021, 15-IV-1944.

<sup>53</sup> *Informe de J.H. a la delegación del partido en la URSS*, p. 24.

<sup>54</sup> El telegrama cifrado fue remitido tras una entrevista entre Dimitrov, la responsable de la Comisión de Cuadros –la búlgara Blagoeva– e Ibárruri, incluyendo en él la firma de Líster y Modesto. El documento del NSA-Venona es el 262, 1-V-1944. La referencia completa se encuentra en la recopilación de los diarios de DIMITROV, Georgi, *Gli anni di Mosca*, Einaudi, Roma, 2002.

<sup>55</sup> *Intervención de Dolores Ibárruri*, AHPCE, Documentos, carpeta 21, Reunión del CC, fecha 5-V-1944, Moscú, p. 9-10.

<sup>56</sup> *Declaración de Orellana*, AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, Declaraciones, 1947. Caja 107/1.3.

lo que le diera la gana”<sup>57</sup>. Stepanov atribuyó los ataques de Hernández a la unidad del partido a su ambición, estimulada por todos los enemigos del partido: anarquistas, socialistas –con ¡Prieto! a la cabeza– y “literatos” [sic]. Stepanov retrotraía las divergencias a los tiempos de la guerra de España: ya en 1938, ante la salida de Díaz hacia la URSS, Hernández se postuló para el puesto de secretario general, y uno de los rasgos que le caracterizaba es que siempre “quería tener su línea política”<sup>58</sup>.

Quedaban por sustanciar las responsabilidades de quienes habían colaborado con Hernández en la URSS. El principal acusado fue Enrique Castro Delgado, secretario de José Díaz y responsable de las emisiones de Radio España Independiente. No solo se había mostrado disconforme con la línea de Unión Nacional, sino que había elaborado un informe, fechado en octubre de 1941, en el que había propuesto la apertura de un segundo frente por los aliados en Europa occidental, en concreto en España, por juzgar su situación geográfica y las condiciones políticas sumamente favorables. De esta forma, se lograría el viejo objetivo, tantas veces defendido durante la guerra, de recabar el reconocimiento y el apoyo de los aliados para el gobierno republicano como parte beligerante. Sin embargo, tal planteamiento chocaba con la estrategia defensiva de la URSS, a la que convenía, primero, que Alemania no se viese reforzada con la incorporación de un nuevo aliado, y segundo, no alterar en el oeste el proyecto de *status quo* que tenía en mente para el mundo posterior al conflicto<sup>59</sup>.

La reunión de los miembros del CC en Moscú se clausuró con una resolución, de fecha de 6 de mayo, en la que, convalidando la adoptada por la delegación del partido en México, suscribían unánimemente las medidas adoptadas contra Jesús Hernández. La dirección del partido había hecho su trabajo y ahora esperaba que los soviéticos obrasen en consecuencia. El 3 de julio Uribe se dirigió al primer secretario de la embajada para demandarle “una respuesta de los jefes respecto al asunto de ‘Pedro’”, quejándose de que Hernández había empezado un trabajo fraccional al distribuir su carta abierta a la militancia<sup>60</sup>. Sin embargo, la postura de Moscú permaneció inamovible, reforzando las órdenes para que no se consumara la ruptura. Dimitrov envió un nuevo telegrama a México el 20 de julio en términos taxativos:

He recibido a Dolores y Stepanov para la cuestión española. La cuestión de Hernández y Castro. He mandado, mediante Fitin, en México una comunicación para

<sup>57</sup> *Intervención de Dolores Ibárruri*, AHPCE, Documentos, carpeta 21, Reunión del CC, fecha 5-V-1944, Moscú, p. 4-5.

<sup>58</sup> Contrasta esta visión negativa de Stepanov sobre Hernández con la que el búlgaro sostenía en su informe sobre las causas de la derrota republicana. STEPANOV, Stoian Minev, *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyan Minev (Stepanov), delegado en España de la Komintern (1933-1939)*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2003, p. 200.

<sup>59</sup> *Algunos problemas de España en relación con la situación internacional*, AHPCE, Manuscritos, tesis y memorias, Enrique Castro, 4 de octubre de 1941, 30/3; y *Memorias*, AHPCE, Manuscritos, tesis y memorias, Vicente Uribe, 14 de noviembre de 1959, 60/6.

<sup>60</sup> NSA-Venona, T640, 3-VII-1944.

Uribe, Mije y Antón a fin de que se abstengan de expulsar a Hernández del partido<sup>61</sup>.

Haciendo caso omiso, la dirección del PCE forzó la máquina, llevando la situación al terreno de los hechos consumados. La separación de Hernández del partido fue trasladada a las organizaciones que operaban en el interior. La situación planteada era, pues, absolutamente irreversible. A pesar de las simpatías de la militancia, tanto la de México como la que había quedado en la URSS; a pesar del apoyo, hasta entonces, de distinguidos cuadros del partido; y pese al apoyo de destacados dirigentes soviéticos, Jesús Hernández era arrojado de las filas del partido que había contribuido a fundar y dirigir durante veinticuatro años.

El fin de la militancia de Jesús Hernández en el PCE no fue acompañado automáticamente del cese de sus funciones como miembro del NKGB, como revelan los documentos de la inteligencia norteamericana. Su actividad secreta se prolongó durante algo más de un año tras su expulsión oficial del partido. Existían precedentes, como el de Margarita Nelken, en los que la pérdida de la condición de militante comunista no tenía por qué suponer la baja en la prestación de servicios a los soviéticos. Cabe conjeturar que la naturaleza de los trabajos que llevara a cabo Hernández durante este periodo pudiera estar, en parte, relacionados con las funciones de cobertura a la “operación Gnomó”. El plan acabó frustrándose por diversos motivos, entre ellos la incapacidad, la desconfianza y las sospechas mutuas entre los propios integrantes del grupo responsable de su ejecución<sup>62</sup>. El fiasco definitivo tuvo lugar cuando Caridad del Río Mercader irrumpió en México en marzo de 1945, para tratar personalmente que personajes influyentes de la política mexicana intercedieran por la liberación de su hijo. El resultado fue el diametralmente opuesto: alertadas las autoridades, aplicaron a Mercader un estricto régimen penitenciario, imposibilitando las oportunidades de rescate. Los servicios soviéticos se enfurecieron, ordenando a “Klava” (alias de Caridad Mercader) que abandonase México inmediatamente. Después de esto, la “operación Gnomó” quedó definitivamente descartada. Un par de meses más tarde, un mensaje de Fitin a México indicaba que los soviéticos comenzaban el proceso de desconexión de Hernández. Al mediados de 1945 Hernández quedaba definitivamente desligado de todo lazo orgánico con lo que había sido su mundo desde 1920. Inició entonces una andadura propia, fundó una plataforma disidente, el Movimiento Comunista de Oposición, reunió a antiguos camaradas tanto del PCE como del PSUC y publicó una revista, *Horizontes*, de la que aparecieron unos pocos números. La experiencia se agotó pronto. El reducido grupo que editaba la revista se vio acuciado por las estrecheces económicas. Tras décadas de entrega exclusiva a la militancia, el “revolucionario profesional” que había sido desde su adolescencia se vio obligado, a los 37 años, a llevar una vida civil: puso un ta-

<sup>61</sup> DIMITROV, *Gli anni di Mosca...*, cit., p. 732.

<sup>62</sup> NSA-Venona, 3/NBK/T868, 16-IV-1944; y 3/NBF/T396, 29-VI-1944.

<sup>63</sup> El 12 de mayo, el responsable de los servicios exteriores comunicaba: “‘Pedro’ ha roto abiertamente con el partido. Mantenga el enlace regular con ‘Pedro’ [pero] desvíe la atención de ‘Pedro’ tanto como sea posible de nuestro trabajo [?] Sin embargo, no haga esto de repente, sino gradualmente para no llamar su atención con un cambio brusco. Muestre interés por su trabajo y sus tareas [?] Mucha cautela..? ”, en NSA-Venona, T697, 12-V-1945.

ller de fabricación de placas de matrícula, regentó un negocio de venta de coches usados en Nuevo León, abrió una tienda de café en un mercado de México D.F y se casó —¡por la iglesia!— con una mexicana, con la que tuvo una hija. Su vida pública parecía pertenecer definitivamente al pasado cuando el cisma titista le dio de nuevo la oportunidad de dedicarse a lo que constituía su auténtica pasión: la política<sup>64</sup>. Pero esa ya es otra historia.

---

<sup>64</sup> *Informe sobre el grupo HCD. n. 123*, AHPCE, Divergencias, 107, 1/1, México, 1951.